
El mundo ha vuelto a la normalidad. Los años inmediatamente posteriores al final de la Guerra Fría ofrecían una prometedora visión de un nuevo tipo de orden internacional, en el que los Estados-nación se unificaban o desaparecían, los conflictos ideológicos se disolvían, las culturas se entremezclaban y había una libertad creciente en el comercio y en las comunicaciones. El mundo democrático moderno quería creer que el fin de la Guerra Fría no sólo cerraba un conflicto estratégico e ideológico, sino todos los conflictos estratégicos e ideológicos. La gente y sus líderes ansiaban «un mundo transformado»¹.

Pero era un espejismo. El mundo no se ha transformado. En casi todas partes el Estado-nación sigue siendo tan fuerte como siempre, al igual que las ambiciones nacionalistas, las pasiones y la competencia entre naciones que han ido dando forma a la historia. Estados Uni-

dos queda como única superpotencia. Pero la competencia internacional entre las grandes potencias ha vuelto, y Rusia, China, la Unión Europea, Japón, India, Irán, Estados Unidos y otros países rivalizan por el predominio regional. Las disputas por el estatus y la influencia en el mundo vuelven a ser rasgos principales de la escena internacional. El viejo antagonismo entre liberalismo y autocracia también ha resurgido, y las grandes potencias del mundo se alinean cada vez más de acuerdo con la naturaleza de sus regímenes. Y se ha reavivado una disputa aún más antigua entre los islamistas radicales y las culturas y potencias modernas y laicas: aquéllos consideran que éstas han dominado, penetrado y contaminado su mundo islámico. Dado que esos tres conflictos se combinan y colisionan entre sí, la esperanza de una nueva era de convergencia internacional se va desvaneciendo. Hemos entrado en una era de divergencia.

Al haberse disuelto los sueños de la era inmediatamente posterior a la Guerra Fría, el mundo democrático tendrá que decidir cómo reaccionar. En los últimos años, a medida que han ido emergiendo las autocracias de Rusia y de China y a medida que los islamistas radicales han llevado adelante su ofensiva, las democracias se han visto divididas y distraídas tan-

to por asuntos profundos como por cuestiones superfluas. Se han cuestionado su razón de ser y su moral, han debatido sobre el poder y la ética y se han criticado recíprocamente sus defectos. La desunión ha debilitado y ha desmoralizado a las democracias justo cuando menos podían permitírselo. La historia ha vuelto, y las democracias tienen que unirse para darle forma, ya que de lo contrario serán los demás quienes se la den en su lugar.

ESPERANZAS Y SUEÑOS

A principios de los años noventa el optimismo era comprensible y casi generalizado. El derrumbe del imperio comunista y la aparente adhesión de Rusia a la democracia parecían augurar una nueva era de convergencia global. Los grandes adversarios de la Guerra Fría pasaron repentinamente a tener muchos objetivos en común, incluido el deseo de integración económica y política. Incluso después de la represión política que comenzó en la plaza de Tiananmen en 1989 y de los alarmantes signos de inestabilidad en Rusia a partir de 1993, la mayoría de estadounidenses y europeos creía que China y Rusia estaban en la senda hacia el liberalismo. La Rusia de Boris Yeltsin parecía

estar comprometida con el modelo liberal de economía política y con una mayor integración con Occidente. Se esperaba que el compromiso del gobierno chino con la apertura económica daría lugar inevitablemente a una apertura política, lo quisieran o no los líderes chinos.

Tal determinismo fue característico del pensamiento posterior a la Guerra Fría. En una economía globalizada, casi todos creían que las naciones no tenían más opción que la liberalización, primero económica y luego política, si querían competir y sobrevivir. A medida que las economías nacionales fueran alcanzando determinado nivel de renta per cápita, las crecientes clases medias exigirían poder jurídico y político, algo que los dirigentes no tendrían más remedio que conceder si deseaban que sus naciones prosperaran. Puesto que el capitalismo democrático era el modelo de más éxito para las sociedades en vías de desarrollo, todas las naciones acabarían eligiendo esa senda. En la batalla de las ideas, el liberalismo había triunfado. Según la célebre frase de Francis Fukuyama, «al final de la historia, a la democracia liberal no le quedan competidores ideológicos serios»².

El determinismo económico e ideológico de los primeros años posteriores a la Guerra Fría dio lugar a dos supuestos genéricos que

condicionaron tanto las políticas como las expectativas. El primero de estos supuestos era una fe obstinada en la inevitabilidad del progreso humano, la creencia de que la historia se mueve sólo en una dirección —una fe nacida en la Ilustración, aplastada por la brutalidad del siglo XX, pero reavivada por la caída del comunismo—. El segundo supuesto era una receta de paciencia y contención. En vez de plantar cara y desafiar a las autocracias, era mejor involucrarlas en la economía global, apoyar el imperio de la ley y la creación de instituciones nacionales más sólidas y dejar que las fuerzas ineluctables del progreso humano obraran el milagro.

En un mundo que convergía hacia los principios compartidos del liberalismo ilustrado, la gran tarea de la época posterior a la Guerra Fría era la construcción de un sistema más perfecto de leyes e instituciones, que haría realidad las profecías del pensamiento ilustrado de los siglos XVII y XVIII. Un mundo de gobiernos liberales sería un mundo sin guerras, tal y como lo había imaginado Kant. La libre circulación tanto de bienes como de ideas en la nueva era globalizada sería un antídoto contra los conflictos humanos. Como argüía Montesquieu, «el efecto natural del comercio es conducir hacia la paz»³. Ese viejo sueño ilustrado

de repente pareció posible porque, junto al aparente triunfo del liberalismo internacional, los intereses geopolíticos y estratégicos de las grandes potencias del mundo también parecían convergentes. En 1990, el presidente George H. W. Bush hablaba de un «nuevo orden mundial» en el que «las naciones del mundo, Oriente y Occidente, Norte y Sur, puedan prosperar y vivir en armonía», donde «el imperio de la ley sustituya al imperio de la selva», donde las naciones «reconozcan la responsabilidad compartida de la libertad y la justicia». Era «un mundo muy diferente del que hemos conocido»⁴.

El mundo parecía diferente sobre todo porque la Unión Soviética era diferente. Nadie habría insinuado que la historia había llegado a su fin si el régimen soviético no hubiera expirado y cambiado de una forma tan repentina y espectacular a partir de 1989. La transformación de la política exterior soviética, después rusa, fue notable. La «influencia pacífica de las ideas liberales» reorientó completamente los puntos de vista rusos sobre el mundo, o así lo parecía⁵. Incluso en los últimos años de la Guerra Fría, los defensores del «nuevo pensamiento» en Moscú propugnaban la convergencia y el levantamiento de las barreras entre Oriente y Occidente, una adhesión común a

«valores universales», en palabras de Mijaíl Gorbachov. Más tarde, durante los primeros años de Yeltsin, de la mano del ministro de Asuntos Exteriores Andréi Kozirev, Rusia parecía decidida a ingresar en la Europa posmoderna. Moscú ya no definía sus intereses en términos de territorio ni de las esferas de influencia tradicionales, sino más bien en términos de integración económica y de desarrollo político. Renunció a la hegemonía regional, retiró tropas de los países vecinos, redujo los presupuestos de defensa, buscó alianzas con las potencias europeas y con Estados Unidos, y en general conformó sus políticas exteriores sobre la premisa de que sus intereses eran los mismos que los de Occidente. El deseo de Rusia «era sencillamente formar parte»⁶.

La democratización de Rusia, comenzada incluso en tiempos de Gorbachov, había llevado a los líderes del país a redefinir y replantear los intereses nacionales de Rusia. Moscú podía renunciar a su control imperial de Europa oriental, podía renunciar a su papel de superpotencia, no porque la situación estratégica hubiera cambiado —si acaso, Estados Unidos suponía una amenaza mayor en 1985 que en 1975— sino porque el régimen de Moscú había cambiado. Una Rusia en vías de democratización no tenía nada que temer de Estados Uni-

dos ni de la ampliación de su alianza de democracias⁷.

Si Rusia era capaz de abandonar su tradicional política de gran potencia, lo mismo ocurría con el resto del mundo. «La era de la geopolítica ha dado paso a la época de lo que podría denominarse geoeconomía», escribió Martin Walker en 1996. «Los nuevos símbolos de virilidad son las exportaciones, la productividad y las tasas de crecimiento, y las grandes contiendas internacionales son los acuerdos comerciales de las superpotencias económicas»⁸. Puede que subsistiera la rivalidad entre naciones, pero sería una competencia comercial pacífica. Las naciones que comerciaban entre sí tendrían menos riesgo de luchar entre ellas. Las sociedades cada vez más mercantiles serían más liberales tanto dentro como fuera de sus fronteras. Sus ciudadanos buscarían la prosperidad y la comodidad y abandonarían las pasiones atávicas, las luchas por el honor y la gloria y los odios tribales que han dado lugar a conflictos a lo largo de la historia.

Los antiguos griegos creían que la naturaleza humana tenía incrustado algo llamado *thumos*, un coraje y una ferocidad en la defensa de su clan, de su tribu, de su ciudad o de su Estado. Para la Ilustración, sin embargo, el comercio acabaría domesticando y puede que

incluso eliminando el *thumos* de las personas y de las naciones. «Allí donde hay comercio», escribía Montesquieu, «hay maneras y morales pacíficas»⁹. La naturaleza humana podía mejorarse mediante las estructuras internacionales adecuadas con las políticas adecuadas y con los sistemas económicos adecuados. La democracia liberal no sólo limitaba los instintos humanos naturales de agresión y de violencia: Fukuyama argumentaba que «básicamente transforma los instintos en sí»¹⁰.

El conflicto entre intereses nacionales tradicionales era cosa del pasado, pues. La Unión Europea, como aventuraba el politólogo Michael Mandelbaum, no era sino «un anticipo de la forma en que se organizaría el mundo del siglo XXI»¹¹. El experto liberal internacionalista G. John Ikenberry describía un mundo posterior a la Guerra Fría donde la «democracia y los mercados florecían por todo el mundo, la globalización se consagraba como una fuerza histórica progresista y donde la ideología, el nacionalismo y la guerra se hallaban en su punto más bajo». Era el triunfo de la «visión liberal del orden internacional»¹².

Para los estadounidenses, el derrumbe de la Unión Soviética parecía una oportunidad caída del cielo para cumplir su sueño largamente esperado de un liderazgo mundial —un lide-

razgo bienvenido e incluso apreciado por el mundo—. Los estadounidenses siempre habían considerado a su país la nación más importante del mundo y un líder predestinado. «La causa de Estados Unidos es la causa de toda la humanidad», dijo Benjamin Franklin en tiempos de la Revolución Americana. Estados Unidos era la «locomotora a la cabeza de la humanidad», decía Dean Acheson en los albores de la Guerra Fría, y el resto del mundo era simplemente «el furgón de cola». Tras la Guerra Fría seguía siendo «la nación indispensable», indispensable porque sólo ella tenía el poder y la comprensión necesarios para ayudar a reunir a la comunidad internacional en una causa común¹³. En el nuevo orden mundial, como decía el subsecretario de Estado Strobe Talbott, Estados Unidos definiría «su fuerza —su auténtica grandeza en realidad— no en términos de su capacidad para lograr o mantener su dominio sobre los demás, sino en términos de su capacidad para trabajar *con* los demás por los intereses de la comunidad internacional en su conjunto»¹⁴.

Mientras los estadounidenses veían reafirmada su autoimagen por el nuevo orden mundial, los europeos creían que el nuevo orden internacional tendría como modelo la Unión Europea. En palabras del experto y diplomáti-

co Robert Cooper, Europa estaba guiando al mundo hacia una era posmoderna, donde los tradicionales intereses nacionales y la política de fuerza dejarían paso al derecho internacional, a instituciones supranacionales y a una soberanía compartida. Las divisiones culturales, étnicas y nacionalistas que habían aquejado a la humanidad y a Europa se esfumarían ante unos valores y unos intereses económicos compartidos. La Unión Europea, igual que Estados Unidos, era expansiva, pero de una forma posmoderna. Cooper vislumbraba esa Unión en vías de ampliación como una especie de imperio voluntario. Los imperios del pasado habían impuesto sus leyes y sus sistemas de gobierno. Pero en la era posterior a la Guerra Fría, «nadie va a imponer nada». Las naciones estaban deseosas de incorporarse al «imperio cooperativo» de la Unión Europea, «dedicado a la libertad y a la democracia». Un «movimiento voluntario de autoimposición [estaba] en marcha»¹⁵.

Sin embargo, incluso en el mismo momento en que surgían esas expectativas optimistas ya había nubes en el horizonte, signos de divergencia mundial, obstinadas tradiciones de culturas, civilizaciones, religiones y nacionalismos que resistían o que se oponían a la adopción generalizada del liberalismo democrático y del capitalismo de mercado. Los supuestos

esenciales de los años posteriores a la Guerra Fría se desmoronaron casi en el momento de formularse.